



www.loqueleo.com

© Alfonso Barrera Valverde

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-826-6

Derechos de autor: 007144

Depósito legal: 002030

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Febrero 2002

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Agosto 2017

Décima séptima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Oswaldo Viteri

Diagramación: Carlos García

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El país de Manuelito

Alfonso Barrera Valverde



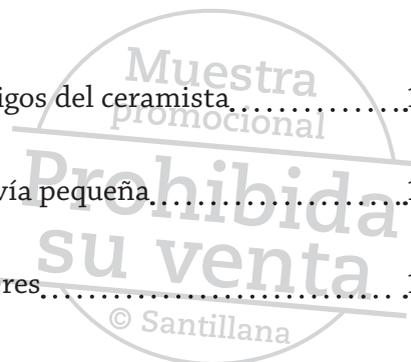
loqueleto



CAPÍTULO I	
Manuelito deja su casa.....	13
CAPÍTULO II	
Manuelito juega con el río.....	15
CAPÍTULO III	
Manuelito se duerme en un bote.....	18
CAPÍTULO IV	
Los hombres con trenzas.....	22
CAPÍTULO V	
La casa del telar.....	29
CAPÍTULO VI	
Concurso del pájaro de mar con el de tela.....	32
CAPÍTULO VII	
Manuelito se despide del valle.....	38
CAPÍTULO VIII	
Los frailejones de los páramos parecen conejos agachados.....	43

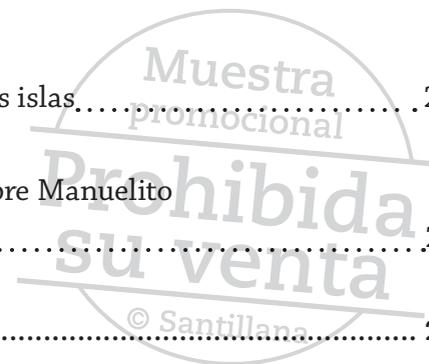
CAPÍTULO IX	
Manuelito se encuentra con Benedixión.....	48
CAPÍTULO X	
Cuento del fantasma negro.....	55
CAPÍTULO XI	
Manuelito deja la provincia de Benedixión.....	60
CAPÍTULO XII	
Manuelito viaja a Quito, la Ciudad de las Colinas.....	63
CAPÍTULO XIII	
El albañil que pactó con el diablo.....	67
CAPÍTULO XIV	
La niña que fabricaba flores de pan.....	77
CAPÍTULO XV	
El Pueblo de los Talladores.....	84
CAPÍTULO XVI	
La Casa de la Amistad en la Ciudad de las Colinas.....	89
CAPÍTULO XVII	
La familia del ceramista.....	98
CAPÍTULO XVIII	
El río que no deseaba crecer.....	107
CAPÍTULO XIX	
De los servicios que una bota de yeso puede prestar.....	114

CAPÍTULO XX	
Excursión con los amigos del ceramista.....	120
CAPÍTULO XXI	
La cascada que se volvía pequeña.....	128
CAPÍTULO XXII	
La Ciudad de los Talleres.....	133
CAPÍTULO XXIII	
El domingo que prefirió ser lunes.....	137
CAPÍTULO XXIV	
Crónica del joven sin oficio.....	147
CAPÍTULO XXV	
Los hijos y amigos del zapatero.....	154
CAPÍTULO XXVI	
Los sueños del niño, vigilados por su perro.....	164
CAPÍTULO XXVII	
Primer sueño: la Ciudad de las Hermosas Locuras.....	166
CAPÍTULO XXVIII	
Segundo sueño: por el Bosque de Piedra.....	170
CAPÍTULO XXIX	
Manuelito decide recorrer sus sueños.....	173
CAPÍTULO XXX	
Manuelito se despide del profesor y del barrio del zapatero.....	175



CAPÍTULO XXXI	
Los habitantes del Chimborazo.....	177
CAPÍTULO XXXII	
Los páramos entre Riobamba y el sur.....	180
CAPÍTULO XXXIII	
El Valle de los Hombres de Cien Años, en la Provincia de Papel.....	187
CAPÍTULO XXXIV	
Los hombres de cien años.....	193
CAPÍTULO XXXV	
Congreso de críticos literarios y de sus dirigentes políticos o los caballeros de los espejos.....	198
CAPÍTULO XXXVI	
Los parientes desconocidos.....	205
CAPÍTULO XXXVII	
El zapato que no sabía navegar.....	216
CAPÍTULO XXXVIII	
Atardecer en Guayaquil.....	219
CAPÍTULO XXXIX	
Cotopaxi juega con el mar y Manuelito conoce los barcos.....	226
CAPÍTULO XL	
Volando sobre las islas Galápagos.....	236

CAPÍTULO XLI	
Los personajes de las islas.....	240
CAPÍTULO XLII	
Últimas noticias sobre Manuelito y el archipiélago.....	266
Biografía	271
Cuaderno de actividades	273





I

Manuelito deja su casa

Manuelito salió sin despedirse. Dejaba atrás una casa con árboles crecidos y con un viento viejo. Los recordaría siempre: los árboles son para los huérfanos como los abuelos ajenos; cuentan lo mismo todos los días, a las mismas horas.

Era la madrugada y hacía frío cuando Manuelito comenzó la caminata. Los senderos, como los ríos, vienen de la montaña. Por eso, pensaba que él debía bajar. Recordaba los mapas: el norte está arriba. Si vivía al norte, lo demás de la patria se encontraría al sur, por donde le llevarán los caminos. Palpó las alas del sombrero, y alzó la vista; comprobó que seguían en su lugar, limitando un cielo todavía lleno de estrellas, salpicado ya por el próximo sol.

Manuelito pensó que más tarde tendría hambre. Y un temblor subió por sus mejillas a los ojos. Pero lo decidido se cumple. Y además, una casa con padre es una casa. Si no se tiene padre pero se tiene madre, también es una casa. Si se te muere la madre, si no tenías padre, entonces puedes

portarte como varón, estudiar los años en que te matricularon y hasta ahí, punto. Cuando quieren que trabajes para desconocidos, es preferible tomar unos panes, unos caramelos y el camino, para ir a trabajar para ti mismo. También para ir a conocer la patria, del único modo que te enseñaron: caminando.



Manuelito juega con el río

II

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

15

Llevar algo para los desayunos es costumbre de buenos caminantes. Una taza con agua de toronjil o de cedrón y harina de cebada puede resultar suficiente. Claro, mejor si se tienen galletas, pero no siempre están a mano tantas maravillas. Traía las hojas y la harina dentro de su bolsa de tela, pero necesitaba fogón para calentar agua. Se dio cuenta, así, de algo muy conocido y olvidado: lo primero que se necesita al dejar una casa es otra casa.

Para meditar, se detuvo durante medio minuto. Por última vez contempló su caserío, ya lejano. Desde los techos de teja pero también de los de paja, salía perpendicular un humo color tiza. No quiso mirarlo más, avivó su paso y en la curva de los sigsales encontró la del río.

Bajó corriendo. Por fin podía hacerlo sin testigos. Anduvo por la pradera, luego tomó los zapatos en su mano, los tiró sobre las piedras y, sentado, colgó los pies en el agua para hacer brotar espuma.

Del frío de la madrugada nadie sabe tanto como los ríos. Lo supieron también, por una vez, los tobillos de



Manuelito, pero ninguna sensación es mejor que la libertad. Dejó sus pies donde estaban. Y le gustó mucho no retirarlos por un tiempo.

Desde las manchas lejanas, acaso nubes, acaso montañas, el sol emergía sin prisa. Girando sobre piernas y espalda, pudo mostrar al calor sus plantas húmedas.

Aún estaban por secarse cuando se puso los zapatos, recogió su bolsa de tela y emprendió nuevamente el camino.

Se encontró con leñadores, que traían en asnos su carga de ramas derribadas. Manuelito no sabía mucho de estas cosas, mas en las clases de «lugar natal» aprendió que leñadores son unos hombres buenos que hacen obras malas, porque derriban árboles y vuelven feos los cerros más hermosos. El profesor le había dicho que, en

el campo, los pobres tienen cocina de leña porque esta les cuesta menos. Manuelito sabía que los pobres y los cerros son compañeros. No llegaba a comprender que pudieran hacerse daño entre ellos. Intercambió brevísimos saludos con esos leñadores y quiso pedirles que no cortaran más árboles. Pero los asnos sacudieron las orejas, lanzaron un rebuzno fruncidísimo y el arriero que los guiaba rompió los aires con látigos y silbidos: látigos en el polvo levantado, silbidos cerca de las orejas de los asnos. Manuelito se guardó sus verdades para mucho más tarde, para cuando creciera y, entonces, los demás le escucharan.

Manuelito se duerme en un bote

18 De la desembocadura de dos veredas angostas salieron algunos ladridos. Manuelito, paralizado sobre su miedo, pensó que los perros eran muy grandes. Le tomó tiempo decidir si correr o convertirse en piedra. Sus dudas le dieron los minutos necesarios para que en auxilio suyo llegaran dos mujeres, una de ellas, anciana y otra, más joven. Ambas insultaron a los perros y les ordenaron una retirada muy indecorosa, por lo cual estos se quedaron quejándose tras la cerca de helechos.

Las dos mujeres le invitaron a caminar con ellas; Manuelito les agradeció, pero les dijo que no. Quería seguir solo, continuar su nueva jornada, que le llevaba al sur.

Cerca del mediodía, sus ojos descubrieron una laguna, que tenía, ni más ni menos, el color del cielo. Detrás del agua, lejos, había nieve, de esas nieves acostumbradas a la montaña. Y en el agua misma, algunas canoas. Sobre las orillas, unas casas blancas y pequeñas le gustaron, con sus techos de teja, ventanas cuadradas y con sus puertas asomadas al camino.

La casa más grande era distinta, sin embargo. Delante de ella, había letras inmensas que decían:

Hotel

Manuelito, ligeramente cansado, caminó por las orillas del lago, tocó varias canoas, jugó con ellas. Empujándolas un poquito, comprobó que el agua, al mismo ritmo, se mecía. Más allá, las aves salvajes alzaban la cara, como la canoa más grande, que parecía madre de familia, pegada con amor a las pequeñas. Esa, la canoa mayor, tenía a su lado las mismas letras de la casa grande, que decían:

Hotel

«Locura», pensó Manuelito. «¿Cómo la canoa puede ser hotel?».

La más grande era la más atractiva; subió con un salto. Por dentro, le pareció más larga que por fuera. Se tendió para mirar el cielo. Se sintió muy cómodo. Y así, cobijado por el sol, durmió.

—¿Qué haces aquí, chico? —le despertaron una voz y un empellón.

Asustado, quiso pararse rápidamente y echar a correr. Pero dos manos apresaban sus brazos, y le condujeron al hotel.

Allí, con gran severidad, lo juzgaron. Un señor gordo oyó la acusación sobre cómo se le encontró.

—Ejem —comentaba aquel señor gordo, con gran sabiduría.

—Cuando lo descubrí, quiso correr y por poco se me suelta —añadía por su parte el empleado, servicial.

20 —Ejem —insistió por segunda y última vez el señor gordo, que era, nada menos, el propietario del hotel.

Y pronunció la sentencia:

—Que trabaje.

—¿Dónde lo pongo, señor?

—En el comedor; que limpie, que se gane la vida.



Manuelito no podía sentirse más alegre. El señor gordo probablemente creía castigarle. Él, en cambio, nada agradecía tanto como la posibilidad de trabajar.

Aquel día aprendió dos lecciones. Primera: que los señores, cuando se ponen solemnes, dicen: «Ejem». Segunda: que, si dicen: «Ejem», seguramente se equivocan.

© Santillana